

Es el hombre más enérgico de la tierra.
 Algunas veces envidio a un hombre como éste y lamento mis catorce años de servicio en el ejército.

1834

Novela moderna.—Un hombre de honor.

El honor es la única base de su conducta, y sustituye en él a la religión.

Hacedle pasar por todas las profesiones *actuales*, y esto hará resaltar sus defectos, al mismo tiempo que su conducta se prestará a la sátira.

El honor le defiende de todos los crímenes y de todas las bajezas: tal es su religión. El cristianismo ha muerto en su corazón. A su muerte contempla la cruz respetuosamente, cumple con todos sus deberes de cristiano como con una fórmula y muere en silencio.

El aburrimiento es la gran enfermedad de la vida; no cesamos de maldecir su brevedad, y siempre es demasiado larga, puesto que no sabemos muchas veces qué hacer. Constituiría un bien para los hombres el proporcionarles el medio de gozar de las ideas y jugar con ellas, en vez de jugar con las acciones, que envuelven siempre a los demás y perjudican al prójimo,

Un mandarín no hace mal a nadie y goza de una idea y de una taza de té.

El *gentleman* o gentilhomme es el hombre de honor que con los convencionalismos es retenido en los límites de la buena conducta y de la benevolencia, que no lograría la religión, pues hay cosas que haría un sacerdote y que no podría hacer nunca un hombre elegante.

La Restauración no era temida ni deseada. Si hubiese sido una cosa o la otra, se hubiera salvado. Sólo fué defendida por honor y para descargo de la conciencia; de lo contrario, se hubiera mantenido.

Creo, a fe mía, que únicamente soy una especie de moralista épico. Y eso es muy poca cosa.

Es deplorable que un poeta como Lamartine se dé cuenta de que es diputado a fuerza de ocuparse de los estancos pedidos por los expendedores. Deberían existir diputados abstractos, diputados de Francia; y otros diputados de los franceses.

Los actores son muy felices; disfrutan de una gloria sin responsabilidad.

Lo bello.

La mayoría de los públicos groseros, en Francia, busca en las artes la *distracción* y nunca lo bello. De aquí el éxito de la mediocridad.

Dafnis.

Demostrar que un alma contemplativa como la de Julián, cuando se decide a poner en acción alguna de sus ideas, la domina y la engrandece; en tanto que un alma activa, como la de X..., cuando quiere elevarse a la contemplación poética o filosófica, no sabe guiarse.

Se han hecho sátiras jocosas; yo quiero hacer, ora en libros como *Stello*, ora en el teatro, sátiras tristes y melancólicas.

Todas las síntesis son magníficas y tontas.

Ya no puedo leer sino los libros que me hacen trabajar. Por lo demás, resbala mi pensamiento como un arado por el mármol.

Me gusta laborar.

¿Si la felicidad no será más que una hora buena?
¿Si sólo se nos entregará por instantes?

Diríase que la cuestión religiosa, demasiado debatida, ha fatigado el cerebro del mundo, y ya no tiene fuerza para pensar.

Si yo fuese pintor, querría ser un Rafael negro: forma angélica y color sombrío.

Veo que en los tiempos más viciosos de la Historia, la mayoría es consciente y busca la verdad y la honradez.

He dado gracias a Dios en mi alma al hacer esta observación; he tratado de aplicarla a todas las épocas, temblando, y la he encontrado justa, por fortuna.

Haré mucho uso de ello, y la aplicaré a nuestro tiempo y al pasado.

La desgracia de los escritores consiste en que se turban un poco al decir la verdad, cuando la dicen.

Ya es tiempo de buscar las palabras solamente en la conciencia.

Con *La mariscala de Anere* trató de llevar una página de Historia al teatro. Con *Chatterton* trató de llevar una página de Filosofía.

El temperamento ardiente es la imaginación del cuerpo.

Los hombres de acción se aturden con el movimiento para no fatigarse, terminando las ideas bosquejadas en su cerebro. Dotados de un poco más de fuerza, se sentarían o se acostarían para pensar.

¡Nos quejamos de que no hay fe política en Francia! ¡Bah! ¿Por qué quejarnos? ¿No es esa la mejor prueba del espíritu infinitamente sutil que reina en la nación? Encuentra la verdad en todas partes, y donde falta dice que no hay nada. Ningún partido satisface sus necesidades actuales, ni le proporciona la menor esperanza. No hay fe política en un Gobierno sino para los espíritus limitados.

Cuanto más interiormente ocupado se halla el cerebro más inmóvil se muestra la faz. La semiocupación, la vehemencia, el sentimiento se reflejan en el semblante. El trabajo interior absorbe las fuerzas por dentro, y hace palidecer a la frente y a las mejillas.

Me gusta poco la comedia que siempre supone más o menos efectismo y bufonería. Es más filosófico hacerle terminar con la idea dominante del libro, sin esfuerzo y con la presencia y la acción sencilla y natural de los personajes.

Consolémonos de todo con la idea de que gozamos de nuestro propio pensamiento, y de que este goce no nos lo puede arrebatarse nada.

La contemplación de la propia desgracia produce un goce interior en el alma que proviene de su trabajo ante la idea de la desgracia.

En el estado actual de los teatros, tal y como es el público, siento poca estima por una obra cuyo éxito es un signo de mediocridad. El público necesita algo de grosero. Enrique Mornier era un actor demasiado fino para la galería; Ingres es demasiado puro de línea; Decamps, demasiado original; Delacroix, demasiado colorista.

Desconfío también de un libro que tuviese un éxito inmediato sin el intervalo de un año, por lo menos, para que los espíritus selectos puedan hacérselo comprender a la masa idiota.

La tierra se subleva ante las injusticias de la creación; lo disimula con el horror de la eternidad; pero se indigna en secreto contra el Dios que creó el mal y la muerte. Cuando aparece un menospreciador de los dioses, como Ajax, hijo de Oilée, el mundo le adopta y le ama; tal es Satanás; tales son Orestes y Don Juan.

Todos aquellos que lucharon contra el cielo injusto cuentan con la admiración y el amor secreto de los hombres.

El cristianismo es un camaleón eterno; se transforma sin cesar.

No existe un hombre que tenga el derecho de despreciar a los hombres.

No he conocido a un hombre del cual no haya tenido algo que aprender.

Nunca ha habido orden ni libertad en ninguna parte, y nunca se ha cesado de desear una cosa o la otra.

La verdad acerca de la vida es la desesperación. La religión de Cristo es una religión de desesperación, puesto que desespera de la vida y sólo espera en la Eternidad.

Pasión.

¡Oh, misteriosa semejanza de las palabras...! Sí, amor, tú eres una pasión; pero la pasión de un mártir; pasión como la de Cristo.

Pasión coronada de espinas, en la que no falta nada.

La religión del honor tiene siempre presente a su dios en nuestro corazón.

¿A qué se debe que un hombre que ya no es cris-

tiano no cometa un robo que quedaría impune? El honor invisible le detiene.

Las masas caminan hacia adelante como las cataratas de ciegos en Egipto, golpeando indiferentemente con sus báculos imbéciles a los que les rechazan, a los que les desvían y a los que les adelantan en el camino.

Ignoro si el preparativo que exige es uno de los gérmenes de la muerte del amor.

Esta necesidad de estar siempre en posesión de las armas acaba por fatigar a uno y otro enamorado.

La Prensa es una boca que está obligada siempre a permanecer abierta y a hablar. De aquí que diga mil veces lo que no debiera decir y que divague y disparete a menudo.

No haría lo mismo un orador, aunque se tratase de Demóstenes, que se viera obligado a hablar sin interrupción durante todo el año.

1835

El honor es la poesía del deber.

Cuando comenzó la revolución de Julio, el soldado había muerto en mí desde hacía cuatro años; sólo quedaba el escritor haciendo consideraciones acerca de si la libertad quedaría muerta o salvada.

El único Gobierno cuya idea no me resulta ahora intolerable es el de una República cuya Constitución se asemeje a la de los Estados Unidos de América.

El Gobierno menos malo es aquel que se manifiesta menos, que se deja sentir menos y que resulta menos caro.

Una de las cosas que más me han emocionado en las *Memorias de Santa Elena* es que el pobre Napoleón no podía obtener un ejemplar de Polybe para leer las instrucciones imaginarias acerca de la guerra que no tendrá nunca el gusto de hacer.

Durante las sucesivas representaciones observo que existe un actor determinado al que es preciso dejar que llegue hasta donde puede llegar.

Al querer proporcionarle un matiz se asimila un

color, y al poner de manifiesto este nuevo tinte cambia el tono general de la obra (1).

Chatterton ha obtenido un éxito. Mis amigos han venido hasta mí con los ojos llenos de lágrimas. Balbuceaban frases sin sentido y exclamaban: «¡Amigo mío! ¡Amigo mío!» Han padecido también el martirio que yo he descrito. Un sentimiento suave y triste embarga mi corazón e inunda de lágrimas mis ojos a pesar mío. Pienso en los dolores que nos hace experimentar una desconfianza demasiado grande en la maldad de nuestros hermanos. Tengo remordimientos de haber juzgado mal... ¡Qué felicidad! ¡Francia! ¡Francia! Te podemos hablar gravemente cuando estamos graves, y con tristeza cuando estamos melancólicos y abrigamos en el fondo de nuestro corazón un incurable desdén hacia nosotros mismos y una piedad bienhechora hacia la pobre Humanidad.

La postración de mi semblante ha conmovido a mis amigos. ¡Había hecho sangrar sus corazones! Me lo he reprochado al encontrarlos tan buenos.

Goethe fué abrumado con las preguntas de todo el mundo acerca de la veracidad de *Werther*. No cesaban de importunarle para informarse acerca de cuanto encerraba de *verdad*.

«Hubiera sido preciso—decía—, para satisfacer

(1) Representábase entonces *Chatterton*.

esta curiosidad, analizar una obra que me costó tantas reflexiones y tantos esfuerzos incalculables, con objeto de encaminar todos los diversos elementos hacia la unidad poética.»

Lo mismo le ocurrió a Richardson con *Clarisa*, y a Bernardino de Saint-Pierre con *Pablo y Virginia*.

Cuando publiqué *Stello*, sucedió igual con la señora de Saint-Aignan, cuya situación presenté en el último drama de Andrés Chenier, y con Kitty Bell, cuya personalidad y cuyo nombre son imaginarios. Con respecto a *Servidumbre y grandeza militares* se suscitaron las mismas consultas acerca de la autenticidad de las tres novelas que contiene este volumen.

Pero no debemos enojarnos contra el público, al que embaucamos con el arte, sino procurar estudiarlos y averiguar hasta qué punto hay error o existe un motivo para forjarse una ilusión.

Los nombres de personajes reales producen una ilusión de óptica en el teatro y en los libros, y la mejor prueba del éxito es el calor que pone el público en informarse acerca de la realidad del relato que se le presenta.

Para los poetas y para la posteridad, basta con saber que el hecho es *bello y probable*.

Así, pues, contesto refiriéndome a *Laurette* y a los demás casos: «*Pudiera haber sido verdad.*»

La crítica de nuestros días—ignoro lo que haría la de otro tiempo—procede de una manera bastante

pérfida. No cree que le baste su papel de juez, y quiere convertirse en adivinadora. Escucha detrás de las puertas. Oye decir que un drama corresponde a un sistema nuevo de análisis y al mismo tiempo de acción, e inmediatamente se apresura a predecir adoptando un tono doctoral y profético. ¿A qué se compromete? Las lentitudes del teatro le dejan el tiempo suficiente para que pueda anunciar veinte veces cuál es el propósito del poeta. Y el día de la representación grita desde lejos, mirando de soslayo a los actores: «No está mal; se trata de una tentativa como predije; es una ejecución de lo que he enseñado.»

Saint-Beuve ha escrito un extenso artículo refiriéndose a mí. Demasiado preocupado con el *Cenáculo*, del que se ocupó en otra ocasión, le atribuye, dentro de mi vida literaria, más importancia de la que tuvieron aquellas reuniones poco frecuentes y ligeras. Saint-Beuve me quiere y me considera; pero apenas me conoce, y se equivoca al querer profundizar en los secretos de mi manera de producir. Concibo totalmente un plan, voy perfeccionando poco a poco el molde de la estatua, lo olvido, y cuando reanudo mi obra después de un prolongado reposo, no dejo que se enfríe la lava un solo instante. Escribo después de largos intervalos, y luego permanezco durante varios meses seguidos, ocupado de mi vida, sin leer ni escribir.

Con respecto a los detalles de mi vida, se ha equivocado en muchos puntos. Jamás conté con la popularidad de *Eloa*, y sólo quería imprimir de ella veinte ejemplares. Cuando hacía *Cinco de Marzo*, dije a mis amigos: *Se trata de una obra para el público. Eso les hará leer a los demás.* Y no me equivoqué.

Unicamente es preciso diseccionar a los muertos. Esta manera de procurar abrir el cerebro de un vivo es falsa y mala. Sólo Dios y el poeta saben cómo nace y se forma el pensamiento. Los hombres no pueden abrir ese fruto divino y extraer el hueso. Cuando quieren hacerlo, lo parten y lo estropean.

Sólo comprendo la palabra *distraerse* como expresando el juego de los niños y de los seres sin ideas. Desde el momento en que se piensa, ¿qué significa *distraerse*? *Amar*, sí; porque el amor es una fuente inagotable de reflexiones, profundas como la eternidad, elevadas como el cielo, vastas como el universo.

El hastío es la enfermedad de la vida. Construimos barreras para saltarlas.

Cuando nos sentimos prendados de una mujer, antes de comprometernos, deberíamos decirnos: «¿Qué clase de gente la rodea? ¿Cuál es su vida?». Toda la felicidad del porvenir estriba en eso.

Cinco de Marzo, Stello, Servidumbre y grandeza militares.—Se ha observado bien, son, en efecto, los cantos de una especie de poema épico sobre la desilusión; pero sólo son las cosas sociales y falsas las que fustigo y hago desvanecerse a los pies de las ilusiones; sobre esos restos, sobre ese polvo, elevo la santa belleza del entusiasmo, del amor, del honor, de la bondad, la misericordia y universal indulgencia que perdona todas las faltas, y tanto más extendida a medida que la inteligencia es mayor.

Los franceses se parecen a unos hombres que vi un día golpeándose dentro de un coche que corría al galope. Los partidos riñen, y una invencible necesidad les lleva hacia una democracia universal.

Sólo existe el mal puro y sin mezcla de bien. El bien siempre tiene mezcla de mal. El bien extremo produce mal. El mal extremo no produce bien.

Amo a la Humanidad. Le tengo lástima. La Naturaleza es para mí un decorado cuya duración se hace insolente y en el cual se exhibe ese pasajero y sublime muñeco llamado hombre.

Inglaterra tiene de bueno que en todas partes se aprecia la mano del hombre.

Menos mal.

En cualquiera otra parte, la Naturaleza estúpida nos insulta bastante.

La independencia fué siempre mi deseo, y la dependencia mi destino.

El corazón tiene la forma de una urna. Es un vaso sagrado rebotante de secretos.

La palabra más difícil de pronunciar y de emplear convenientemente es la de *yo*.

Nuestra literatura sólo produce exclamaciones de enfermo, como *Voluptuosidad*, *Últimas Palabras*, etcétera, etc.

El otro día fuí a Montmartre.

Lo que más me entristeció fué el silencio de París cuando se le contempla desde lo alto. Esta gran ciudad, esta inmensa urbe, no produce ruido alguno; y, sin embargo, ¡cuántas cosas se dicen en ella! ¡Cuántos gritos se lanzan! ¡Cuántas quejas se elevan al cielo! Pero el montón de piedras parece mudo.

Desde un poco más arriba, ¿qué será esta ciudad? ¿Qué será la tierra? ¿Qué seremos nosotros, comparados con Dios?

Creo que hay casos en que la disipación es culpable. Es malo y cobarde tratar de distraerse de un noble dolor para no sufrir tanto. Debemos reflexionar en él y hundirnos valerosamente nuestra espada.

Dafnis.

Julián comienza un poema. En los descansos dirige el mundo y gana batallas.

Entrega el poema a uno de sus amigos—Libanius—al morir.

Un verso le cuesta más trabajo que el plan de una batalla.

Me han sucedido este mes tres cosas agradables: Emilio Péhant, colocado en Viena como profesor de retórica.—*Salvado*.

Chevalier, casado por amor y feliz.

Lezón de Wailly ha heredado quinientos mil francos, según dicen.

Que, por lo menos, los demás sean felices, me satisface.

Bonaparte y todos los aventureros pusieron el pie sobre los acontecimientos que les amenazaban, como el torero sobre la frente del toro. Al levantar la cabeza, el toro se lo echa a la espalda y el torero queda sentado.

Ningún siglo es lamentable, al lado del nuestro. Así se deduce de todos los designios de la Historia.

La belleza soberana, ¿no se halla oculta, ya formada, tras un velo que rara vez levantamos? *Inventar*, ¿no es *encontrar*? INVENIRE.

He aquí que mis amigos sucumben por la debilidad de un momento, y que consienten en leer sus poemas en los salones.

Uno *Hamlet*, y otro *Macbeth*, traducidos; otro, versos satíricos... Van a desgastarse con tanto frotamiento; van a perder su carácter, y van a redondearse como los guijarros...

He observado que la costumbre de apreciar los defectos en las obras contribuye al aumento del hastío. Para acrecentar el placer, me entretengo ahora en hacer lo contrario. Es fácil suponer un sentido oculto en la obra peor, y siguiendo esta idea, que no se le ocurrió al autor, hacernos una obra sublime para nuestro uso particular.

Esta operación no deja de hacerse con respecto a los muertos. Quiero distraerme haciéndola también con los vivos.

Ayer comencé a practicar este sistema en la Puerta de San Martín, a propósito de *El Monomaniaco*.

Lo que falta a las letras es *sinceridad*.

Después de haber visto que el trabajo de los libros nos conduce a todos a la paradoja, he resuelto no sacrificar nada nunca mas que a la convicción y a la

verdad, con el fin de que este elemento de sinceridad completa y profunda domine en mis libros y les proporcione el carácter sagrado que debe proporcionar la presencia divina de la verdad, ese carácter que hace brotar las lágrimas en nuestros ojos cuando un niño nos refiere lo que ha visto.

Después de asaltarme esta idea, durante la noche del 29 al 30 de Junio, sentí la necesidad de comunicar al público, como si fuera un amigo, lo que acababa de hacer por él (1).

Me encontraba aún verdaderamente conmovido por el febril entusiasmo del trabajo, y podía absterme de traspasar la barrera de la última palabra del drama. El molde está lleno, y aún me queda materia que emplear.

Ahora, en el momento de darlo a la imprenta, y volviendo a leer fríamente sus páginas, he estado por quemarlo, como hice a menudo con muchas obras mías. Pensé que esta embriaguez parecería, sin duda, ridícula, al presentarla a lectores distraídos; pero también pensé en aquellos que se penetran más profundamente de las emociones que nacen de una obra seria, y me pareció que debía rendirles una cuenta fiel del trabajo que acababa de realizar, y que era preciso conducirles hasta el origen mismo de las ideas cuyo curso iban a seguir.

(1) Alusión al prefacio (*Última noche de trabajo*) de *Chatterton*.

Por eso, esperando parecer extraordinario, he querido pasar por encima lo que hay de pueril o de exagerado en la inspiración, a los ojos de las gentes inconvencionales.

Es indudable que la creación constituye una obra incompleta o lograda a medias, y que apenas se dirige hacia la perfección.

En ambos casos, seamos humildes e indecisos.

No existe nada tan cierto como nuestra ignorancia y nuestro abandono, tal vez eterno.

El actor considera a cada drama como un traje, como una vestidura que, una vez usada, la desecha para ponerse otra. Pero esta vestidura dura más que él.

Siempre en conversación conmigo mismo me hablo de cosas de las cuales los hombres se hablan muy rara vez; y constituye una cosa cada día más penosa para mí responder a los que me hablan de futilidades.

Podría decirle a casi todo el mundo:

«Quisiera estar solo en este momento para escribir lo que pienso, en tanto que usted me habla.»

La presencia de los hombres me invita a ideas interiores, frecuentemente contrarias a las que manifiesto, y procuro reservarlas para un tiempo mejor, porque sé que conducirían a explicaciones dema-

siado prolijas que me fatigarían el pecho. Callo, pues, y me hago el distraído. Otras veces hablo de una cosa distinta y hago una prolongada digresión sin entusiasmo alguno. Las personas atentas o aquellas que me aprecian pueden adivinar fácilmente que el temor de perder una idea mejor me interrumpe a veces y me hace pronunciar palabras inútiles.

Elevación.

Dios vió con orgullo sobre la tierra a un joven ilustre.

Ahora bien; este joven era muy desgraciado, y se mató con una espada.

Cuando su alma compareció ante Dios, Dios le dijo:

—¿Qué hiciste? ¿Por qué destruiste tu cuerpo?

El alma respondió:

—Para afligirte y castigarte... ¿Por qué me creaste desgraciado...? ¿Por qué creaste el mal del alma—el pecado—y el mal del cuerpo—el sufrimiento...?—
¿Necesitabas asistir por más tiempo al espectáculo de mis dolores?

El hastío es la enfermedad de la vida.

Para curarla basta con muy poco: *amar* o *querer*.

Esto es lo que más generalmente falta. Y, sin embargo, bastaría *amar* a alguien—no importa a quién—o *querer* con intensidad la realización de un hecho

← el afecto es la esencia de la felicidad

cualquiera, para experimentar la alegría de vivir y mantenerla por algunos años.

A UN JOVEN DESCONOCIDO.—Al primero que dijo *la carrera de las letras* es al que deben maldecir los jóvenes desgraciados que me escriben, como usted acaba de hacerlo, y me abren su corazón como a un hermano que toma parte en su infortunio y ha tendido sus brazos hacia ellos. Con frecuencia me falta tiempo para contestarles a todos. Algunas veces sus penas son de tal naturaleza, que no existen palabras mundanas ni socorros humanos que puedan consolarles. Otras veces—lo confieso—me invade el desaliento al recordar mis inútiles esfuerzos por salvar a algunos de ese vasto naufragio en el que se exponen en multitud. Aquellos a quienes pude dar la mano saben que el día en que lo hice constituyó uno de los mejores de mi vida; pero ¡cuántos se perdieron después, a pesar mío, en ese pérfido mar de la publicidad! ¿Por qué no acudían a mí antes de abandonar la orilla, y por qué era preciso que me llamasen únicamente cuando ya no había tiempo, cuando, después de haber renunciado a todo, se dejaban destrozar por todas las tempestades, acogiéndose al más frágil de los sostenes...?

Por lo menos a usted, que me habla antes de partir, no le ahorraré nada. Usted conocerá todas las verdades que yo sé, y otras las aprenderemos ambos al mismo tiempo.

Sí; la frase perniciosa es la que repite usted en su carta, y fué la que un tentador pronunció por primera vez: *la carrera de las letras*. Esta frase, demasiado generalizada, es tan falsa como lo sería la de la carrera de la imaginación.

REHABILITACIÓN.—Para condenar el suicidio nos creemos con derecho a insultar sus cenizas. Eso es una ridícula gazmoñería de los ateos. Hay hombres que, no sé por qué, no quieren nunca que la sociedad se equivoque, y que, sin examen, se disponen a caer generosamente sobre sus víctimas.

Aún estaba caliente el cuerpo de Chatterton cuando se hizo en Londres un poema burlesco a propósito de su muerte...

Harto de composiciones retorcidas, acabo de hacer una de la cual se puede decir: «Es una idea.» Me refiero a *Chatterton*... No hay en ella complicación alguna; es absolutamente sencilla. Un carácter desarrollado, y he ahí todo. No sé cómo se juzgará por ahora al capitán Renaud; pero estoy seguro de que más adelante, si no ahora, se comprenderá que representa el carácter del oficial esclarecido de la actualidad tal y como debe ser.

Tardé en escribir la obra del 22 de Julio al 11 de Agosto de 1835.

Ignoro por qué la escribí.

La gloria no se conquista probablemente sino después de la muerte. Durante la vida se consigue muy

pocas veces. En cuanto al dinero, los libros que fueron hechos con recogimiento no lo producen...

No obstante, siento en mí la necesidad de comunicar a la *sociedad* cuantas ideas llevo dentro y quieren manifestarse.

1836

Poseer un cerebro serio en el que todos vienen diariamente a verter necedades por los dos oídos, ¡qué suplicio!

Dafnis.

Julián adopta la resolución de dejarse matar en Persia cuando adquiere la seguridad de haber llegado más adelante de donde las masas estúpidas y groseras pueden llegar.

Comprende que es una carga, y que se equivocó al creer que podía elevar a la multitud hasta la altura de Dafnis.

Los autores jóvenes eligen temas superiores a sus ideas y a su estilo. El caballo derriba en tierra al jinete.

Una fábula.

Un hombre es condenado a muerte después de haber cometido un crimen, un asesinato.

Transcurre un año de la condena a la ejecución.

Huyó al Extranjero y engrandeció su vida.

En este intervalo se hace ilustrado y virtuoso.

Llega el día en que vence el plazo; se le detiene y se le ejecuta. La ley le mata en plena salud, le proporciona la muerte en plena vida y la vergüenza en plena gloria.

Así, pues, los jueces condenan a un malvado; pero el verdugo mata a un hombre regenerado, moral y cristiano.

Los criminalistas de todos los tiempos declararon que la *venganza* no era la finalidad de la *ley penal*, la cual, en rigor, no se propone mas que *prevenir* la reincidencia en el mal: tal es el *espíritu cristiano*.

Si tal es el espíritu cristiano en la tierra, ¿por qué existe otro espíritu para el cielo, al fundir las *penas eternas*, que no son otra cosa sino una *eterna venganza*?

Esta mañana he encontrado al señor Magistel, médico joven que estudia en su casa el cerebro en un cráneo que tiene encima de la mesa. He pasado dos horas con él examinando su trabajo.